

LA VÍCTIMA EN VERGUENZA

Volumen 1 – Sermón No. 236

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 30 DE ENERO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo
puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la
diestra del trono de Dios”
Hebreos 12:2***

“Oh, ¿qué haré, mi Salvador, para alabar?” ¿Dónde se encontrará un lenguaje que describa Su incomparable, Su inigualable amor hacia los hijos de los hombres? Sobre cualquier tema ordinario uno puede encontrar libertad de palabra y plenitud de expresión, pero este tema está fuera de la línea de toda oratoria, y la elocuencia no puede alcanzarlo. Esta es una de las cosas inexpresables, inexpresables porque sobrepasan el pensamiento y desafían el poder de las palabras. Entonces, ¿cómo podemos tratar con lo que es indecible?

Soy consciente de que todo lo que pueda decir acerca de los sufrimientos de Jesús esta mañana será como una gota en el balde. Ninguno de nosotros conoce la mitad de la agonía que Él soportó, ninguno de nosotros jamás ha comprendido plenamente el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento. Los filósofos han sondeado la tierra hasta su mismo centro, ensartado las esferas, medido los cielos, pesado las colinas, más aún, pesado el mundo mismo, pero esta es una de esas cosas vastas e ilimitadas, que al medirlas supera a todas menos al Infinito mismo.

Así como la golondrina roza el agua y no se sumerge en sus profundidades, así todas las descripciones del predicador rozan la superficie, mientras que profundidades inconmensurables deben estar muy por debajo de nuestra observación. Bien podría decir un poeta,

“¡Oh amor, tú abismo insondable!”

Porque este amor de Cristo es verdaderamente inconmensurable e insondable. Ninguno de nosotros puede alcanzarlo. Al hablar de ello, sentimos nuestra propia debilidad, nos entregamos a la fuerza del Espíritu, pero incluso entonces sentimos que nunca podremos alcanzar la majestuosidad de este tema. Antes de que podamos tener una idea correcta del amor de Jesús, debemos entender Su gloria anterior en su altura de majestad, y Su encarnación

en la tierra en todas sus profundidades de vergüenza.

Ahora, ¿quién nos puede decir la majestad de Cristo? Cuando Él estaba entronizado en los cielos más altos Él era Dios verdadero de Dios verdadero, por Él fueron hechos los cielos, y todas sus huestes; por Su poder Él colgó la tierra sobre la nada, Su propio brazo todopoderoso sostuvo las esferas, los pilares de los cielos descansaron sobre Él, las alabanzas de los ángeles, arcángeles, querubines y serafines, lo rodearon perpetuamente, el coro completo de los Aleluyas del universo fluía incesantemente al pie de Su trono, Él reinaba supremo sobre todas Sus criaturas, Dios sobre todo, bendito por los siglos.

¿Quién puede decir Su altura entonces? Y, sin embargo, esto debe lograrse antes de que podamos medir la longitud de esa poderosa inclinación que tomó cuando vino a la tierra para redimir nuestras almas. ¿Y quién, por otro lado, puede decir cuán bajo descendió? Ser hombre era algo, pero ser varón de dolores era mucho más, sangrar, morir y sufrir, era mucho para Aquel que era el Hijo de Dios, pero sufrir como Él, una agonía sin igual, soportar, como Él lo hizo, una muerte por vergüenza y una muerte por deserción de su Dios, esta es una profundidad más baja de amor condescendiente, que la mente más inspirada debe fallar por completo en sondear. Y, sin embargo, primero debemos comprender la altura infinita, y luego la profundidad infinita, debemos medir, de hecho, todo el infinito que está entre el cielo y el infierno, antes de que podamos comprender el amor de Jesucristo.

Sin embargo, ¿porque no podemos entender, por lo tanto, descuidaremos, y porque no podemos medir, por lo tanto, despreciaremos? ¡Ay! no, vayamos al Calvario esta mañana y veamos este gran espectáculo. Jesucristo, por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio.

Me esforzaré por mostrarles, en primer lugar, la víctima en vergüenza, en segundo lugar, nos esforzaremos por detenernos en Su motivo glorioso, y luego, en tercer lugar, lo presentaremos como un ejemplo admirable.

1. Amados, deseo mostraros la **VÍCTIMA EN VERGUENZA.**

El texto habla de la vergüenza y, por lo tanto, antes de entrar en el sufrimiento, me esforzaré por decir una o dos palabras sobre la vergüenza. Quizá no haya nada que los hombres aborrezcan tanto como la vergüenza. Encontramos que la muerte misma a menudo ha sido preferible en la mente de los hombres a la vergüenza, e incluso los corazones más malvados e insensibles han temido la vergüenza y el desprecio de sus semejantes mucho más que cualquier tortura a la que podrían haber estado expuestos.

Encontramos a Abimelec, un hombre que asesinó a sus propios hermanos sin escrúpulos, incluso lo encontramos vencido por la vergüenza cuando "una mujer arrojó un pedazo de

piedra de molino sobre la cabeza de Abimelec, y todo para quebrarle el cráneo. Entonces llamó apresuradamente al joven su escudero, y le dijo: Saca tu espada, y mátame, para que no digan de mí: Lo mató una mujer. Y su joven lo traspasó, y murió". La vergüenza era demasiado para él. Preferiría encontrar la muerte del suicida, porque así fue, antes que ser condenado por la vergüenza de haber sido asesinado por una mujer.

Así sucedió también con Saúl, hombre que no se avergonzaba de quebrantar su juramento y de cazar a su yerno como a una perdiz en los montes; aun él cayó sobre su propia espada antes que se dijera de él que cayó por los filisteos. Y leemos de un antiguo rey, Sedequías, que, aunque parecía lo suficientemente temerario, temía caer en manos de los caldeos, no fuera que los judíos que se habían pasado a Nabucodonosor se burlaran de él.

Estos casos son solo algunos de muchos. Es bien sabido que los criminales y los malhechores a menudo han tenido más miedo al desprecio público que a cualquier otra cosa. Nada puede quebrantar tanto el espíritu humano como estar sujeto continuamente al desprecio, el desprecio visible y manifiesto de los semejantes, de hecho, para ir más lejos, la vergüenza es tan espantosa para el hombre que es uno de los ingredientes del mismo infierno, es una de las gotas más amargas en esa horrible copa de miseria. La vergüenza del desprecio eterno en que se despertarán los hombres impíos en el día de su resurrección, para ser despreciados por los hombres, despreciados por los ángeles, despreciados por Dios, es una de las profundidades del infierno. La vergüenza, entonces, es algo terrible de soportar, y muchas de las naturalezas más orgullosas han sido subyugadas una vez que han estado sujetas a ella.

En el caso del Salvador, la vergüenza sería particularmente vergonzosa, cuanto más noble es la naturaleza de un hombre, más fácilmente percibe el más mínimo desprecio, y más agudamente lo siente. Ese desprecio que un hombre ordinario podría soportar sin sufrir, aquel que ha sido criado para ser obedecido, y que ha sido honrado durante toda su vida, lo sentiría más amargamente. Los príncipes mendigos y los monarcas despreciados se encuentran entre los hombres más miserables, pero aquí estaba nuestro glorioso Redentor, en cuyo rostro estaba la nobleza de la Deidad misma, despreciado, escupido y burlado. Por lo tanto, puedes pensar cómo una naturaleza tan noble como la Suya tuvo que soportar.

La simple aguililla puede soportar que la maúllen, pero el águila no puede soportar que la engañen y le venden los ojos, tiene un espíritu más noble que eso. El ojo que se ha enfrentado al sol no puede soportar la oscuridad sin una lágrima. Pero Cristo, que era más que noble, incomparablemente noble, algo más que de una raza real, para que Él fuera avergonzado y burlado, debe haber sido verdaderamente terrible.

Además, algunas mentes son de una disposición tan delicada y sensible que sienten las

cosas mucho más que otras. Hay algunos de nosotros que no percibimos tan fácilmente una afrenta, o cuando la percibimos, somos totalmente indiferentes a ella, pero hay otros de corazón amoroso y tierno, han llorado tanto tiempo las penas de los demás que sus corazones se han vuelto tiernos, y por eso sienten el menor roce de ingratitud de aquellos a quienes aman, y si aquellos por quienes están dispuestos a sufrirían si pronunciaran palabras de blasfemia y reprensión contra ellos, sus almas serían traspasadas en lo más profundo.

Un hombre con armadura caminaría a través de espinas y zarzas sin sentir, pero un hombre que está desnudo siente la más pequeña de las espinas, ahora Cristo era, por así decirlo, un espíritu desnudo, Él se había despojado de todo para ser hombre, Él dijo: "Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; más el Hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza". Se despojó de todo lo que pudiera hacerlo insensible, porque amó con toda su alma, su corazón fuerte y apasionado estaba puesto en el bienestar de la raza humana, los amó hasta la muerte y para ser escarnecido por aquellos por quienes murió, ser escupido por las criaturas a quienes Él vino a salvar, venir a los Suyos y descubrir que los Suyos no lo recibieron, sino que en realidad lo echaron fuera, esto fue dolor en verdad.

Vosotros, tiernos corazones, podéis llorar por las aflicciones de los demás, y vosotros, que amáis con un amor tan fuerte como la muerte, y con un celo tan cruel como la tumba, podéis adivinar, pero sólo vosotros, lo que el Salvador debió soportar cuando todos se burlaron. A Él, todos lo despreciaron, y Él no encontró a nadie que se apiadara de nadie que tomara Su parte.

Volviendo al punto con el que comenzamos, la vergüenza es particularmente aborrecible para la humanidad, y mucho más para una humanidad como la que Cristo llevó consigo, una naturaleza noble, sensible y amorosa, como ninguna otra humanidad jamás había poseído. Y ahora venid y contemplemos el lamentable espectáculo de Jesús avergonzado. Fue avergonzado de tres maneras: por acusación vergonzosa, burla vergonzosa y crucifixión vergonzosa.

1. Y primero, he aquí la vergüenza del Salvador en Su acusación vergonzosa. Aquel en quien no hubo pecado, y quien no había hecho nada malo, fue acusado del pecado más negro. Primero fue procesado ante el Sanedrín por nada menos que el cargo de blasfemia. ¿Y podría blasfemar? El que dijo: "Es mi comida y mi bebida hacer la voluntad del que me envió", ¿podría blasfemar? Aquel que, en lo más profundo de Su agonía, cuando sudó como grandes gotas de sangre, al fin clamó: "Padre mío, no se haga mi voluntad, sino la tuya", ¿podría blasfemar? No. Y es solo porque era tan contrario a Su carácter, que Él sintió la acusación.

Acusar a algunos de ustedes aquí presentes de haber blasfemado contra Dios no los sorprendería, porque lo han hecho, y lo han hecho con tanta frecuencia que casi olvidan que Dios aborrece a los blasfemos, y que "no dará por inocente al que tome su nombre en vano".

Pero para alguien que amó como Jesús amó, y obedeció como Él obedeció, para ser acusado de blasfemia, la acusación debe haberle causado un sufrimiento peculiar. Nos asombramos de que Él no cayera a tierra, tal como lo hicieron Sus traidores cuando vinieron a echarle mano. Una acusación como esa podría arruinar el espíritu de un ángel. Tal calumnia podría marchitar el valor de un querubín. No te maravilles, entonces, de que Jesús sintiera la vergüenza de ser acusado de un crimen como este. Tampoco esto lo contentó. Habiéndole acusado de romper la primera mesa, luego lo acusaron de violar la segunda, dijeron que era culpable de sedición, declararon que era traidor al gobierno de César, que incitó al pueblo, declarando que él mismo era un rey.

¿Y podría cometer traición? Aquel que dijo: "Mi reino no es de este mundo, de otra manera mis siervos pelearían", Aquel que cuando lo hubieran apresado por la fuerza para hacerlo rey, se retiró al desierto y oró, ¿podría cometer traición? Era imposible. ¿No pagó tributo, y envió a los peces, cuando su pobreza no tenía con qué pagar el impuesto? ¿Podría Él cometer traición? Él no podía pecar contra César, porque Él era el Señor de César, Él era Rey de reyes y Señor de señores. Si hubiera querido, podría haber quitado la púrpura de los hombros de César, y con una sola palabra haber entregado a César para que fuera presa de los gusanos. ¿Cometió traición? Estaba lo suficientemente lejos de Jesús, el manso y el humilde para provocar sedición o poner al hombre contra el hombre. Ah, no, Él era un amante de Su país y un amante de Su raza, Él nunca provocaría una guerra civil y, sin embargo, este cargo fue presentado contra Él.

¿Qué pensaríais, buenos ciudadanos y buenos cristianos, si os acusaran de un crimen como éste, con los clamores de vuestro propio pueblo detrás de vosotros clamando contra vosotros como un delincuente tan execrable que debéis morir de muerte? ¿No te avergonzaría eso? ¡Ay! pero vuestro Maestro tuvo que soportar tanto esto como lo otro. Despreció las acusaciones vergonzosas, y fue contado entre los transgresores.

2. Pero luego, Cristo no solo soportó una acusación vergonzosa, sino que soportó burla vergonzosa. Cuando Cristo fue llevado a Herodes, Herodes lo menospreció. La palabra original significa hizo nada de Él. Es asombroso descubrir que el hombre no debe hacer nada por el Hijo de Dios, que es todo en todos. Se había despojado de sí mismo, había declarado que era un gusano y no un hombre, pero ¡qué pecado era ese y qué vergüenza era eso, cuando Herodes lo despojó! Sólo tenía que mirar a Herodes a la cara y podría haberlo marchitado con una mirada de Sus ojos como dardos de fuego.

Pero, sin embargo, Herodes puede burlarse de Él, y Jesús no hablará, y los hombres de armas pueden acercarse a Él, y romper sus bromas crueles sobre Su tierno corazón, pero Él no tiene una palabra que decir, sino que "es llevado como un cordero al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores enmudece". Observará que, en las burlas de Cristo, desde el

mismo pretorio de Herodes, hasta el momento en que fue llevado del pretorio de Pilato a Su crucifixión, y luego hasta Su muerte, las burlas fueron de muchas clases.

En primer lugar, se burlaron de la persona del Salvador. Una de esas cosas acerca de las cuales podemos decir muy poco, pero en las que debemos pensar a menudo, es el hecho de que nuestro Salvador fue despojado en medio de una soldadesca obscena, de todas las vestiduras que tenía. Es una vergüenza incluso para nosotros hablar de esto que fue hecho por nuestra propia carne y sangre hacia Aquel que era nuestro Redentor. Esos santos miembros que eran el cofre de la preciosa joya de Su alma fueron expuestos a la vergüenza y al abierto desprecio de los hombres, hombres de mente tosca que estaban completamente desprovistos de toda partícula de delicadeza.

La persona de Cristo fue desnudada dos veces, y aunque nuestros pintores, por razones obvias, cubren a Cristo en la cruz, allí colgó El Salvador desnudo de una raza desnuda. El que vistió los lirios no tenía con ellos para vestirse, El que había vestido la tierra con joyas y le había hecho túnicas de esmeraldas, no tenía ni siquiera un trapo para ocultar Su desnudez de una multitud que miraba, se burlaba y tenía un corazón duro.

Había hecho túnicas de pieles para Adán y Eva cuando estaban desnudos en el jardín, les había quitado aquellas pobres hojas de higuera con las que trataban de ocultar su desnudez, les había dado algo con lo que pudieran envolverse del frío, pero ahora se reparten entre sí sus vestiduras, y sobre su vestidura echan suertes, mientras que Él mismo, expuesto a la despiadada tempestad del desprecio, no tiene manto con que cubrir su vergüenza.

Se burlaron de Su persona, Jesucristo se declaró a sí mismo como el Hijo de Dios, se burlaron de Su persona divina, así como Su ser humano, cuando Él colgaba de la cruz, dijeron: "Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz, y creemos en ti". Con frecuencia lo desafiaron a probar su divinidad apartándose de la obra que había emprendido. Le pidieron que hiciera precisamente lo que habría refutado Su divinidad, para que ellos pudieran entonces, como declararon, reconocer y confesar que Él era el Hijo de Dios.

¿Y ahora puedes pensar en ello? Cristo fue burlado como hombre, podemos concebirlo cediendo a esto, pero ser burlado como ¡Dios! Un desafío lanzado a la masculinidad, la masculinidad aceptaría fácilmente y pelearía el duelo.

La masculinidad cristiana permitiría que el guante reposara allí, o lo pisotearía con desprecio, soportando todas las cosas y soportándolas todas por causa de Cristo. Pero, ¿puedes pensar en Dios siendo desafiado por Su criatura, el eterno Jehová provocado por la criatura que Su propia mano ha hecho, el Infinito despreciado por lo finito, Aquel que todo lo llena, por quien todas las cosas existen, burlado, despreciado por la criatura de una hora que es aplastada por la polilla? Esto fue desprecio de hecho, un desprecio de Su persona compleja,

de Su hombría y de Su divinidad.

Pero nota a continuación, se burlaron de todos Sus oficios, así como su persona. Cristo fue un rey, y nunca un rey como Él. Él es el David de Israel, todos los corazones de Su pueblo están unidos a Él. Él es el Salomón de Israel, reinará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra. Era uno de raza real. Tenemos algunos llamados reyes en la tierra, hijos de Nimrod, estos son llamados reyes, pero reyes no lo son. Toman prestada su dignidad de Aquel que es Rey de reyes y Señor de señores, pero aquí estaba uno de sangre verdadera, uno de la raza real correcta, que se había perdido y se mezcló con la multitud común de hombres. ¿Que hicieron? ¿Trajeron coronas con las cuales honrarlo, y la nobleza de la tierra echó sus túnicas bajo Sus pies para alfombrar Sus huellas?

Mira lo que hacen. Está entregado a una soldadesca áspera y brutal. Encuentran para Él un trono mímico, y habiéndolo puesto en él, lo despojan de Sus propias vestiduras, y encuentran la capa de algún viejo soldado, escarlata o púrpura, y se la ponen sobre la cintura. Tejen una corona de espinas, y la ponen alrededor de Su frente, una frente que era de antiguo lecho de estrellas, y luego fijan en Su mano, una mano que no resentirá un insulto, un cetro de caña, y luego inclinando el de rodillas, rinden ante Él su mímico homenaje, haciéndole rey del Festival de Mayo.

Ahora, tal vez no haya nada más desgarrador que la realeza despreciada. Has leído la historia de un rey inglés que fue llevado a una zanja por sus crueles enemigos. Lo sentaron en un hormiguero, diciéndole que ese era su trono, y luego le lavaron la cara en el charco más inmundo que pudieron encontrar, y con lágrimas corriendo por sus mejillas, dijo: "Aún debe ser lavado en agua limpia", aunque estaba amargamente equivocado.

¡Pero pensad en el Rey de reyes y Señor de señores, que tiene por adoración los escupitajos de las bocas culpables, por homenaje los azotes de las manos sucias, por tributo las burlas de las lenguas brutales! ¿Hubo alguna vez una vergüenza como la tuya, Rey de reyes, Emperador de todos los mundos, burlado por los soldados y herido por sus manos serviles? ¡Oh Tierra! ¿Cómo pudiste soportar esta iniquidad? ¡Oh cielos! ¿Por qué no te enojaste mucho para aplastar a los hombres que así blasfemaban a tu Hacedor? He aquí una verdadera vergüenza: el Rey burlado por Sus propios súbditos.

Él también era profeta, como todos sabemos, y ¿qué hicieron ellos para burlarse de Él como profeta? Por qué le vendaron los ojos, excluyeron la luz del cielo de Sus ojos, y luego lo golpearon y lo abofetearon con sus manos y dijeron: "Profetízanos quién es el que te hirió". El profeta debe hacer una profecía a los que se burlaron de Él para decirles quién fue el que lo hirió.

Amamos a los profetas, pero es la naturaleza de la humanidad que si creemos en un profeta debemos amarlo. Creemos que Jesús fue el primero y el último de los profetas, por Él son enviados todos los demás, nos inclinamos ante Él con adoración reverencial. Consideramos nuestro mayor honor sentarnos a sus pies como María, solo deseamos tener el consuelo de lavar sus pies con nuestras lágrimas y secarlos con los cabellos de nuestra cabeza, sentimos que, como Juan el Bautista, No somos dignos de desatar la correa de su zapato, y ¿podemos, por tanto, soportar el espectáculo de Jesús el Profeta, con los ojos vendados y abofeteado con insultos y golpes?

Pero también se burlaron de Su sacerdocio, Jesucristo había venido al mundo para ser sacerdote para ofrecer sacrificio, y Su sacerdocio también debe ser burlado. Toda salvación estaba en manos del sacerdote, y ahora le dicen: "Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo ya nosotros", ¡ah! Él salvó a otros, Él mismo no pudo salvarse. Pero, ¡oh, qué misterio de desprecio hay aquí, qué indecibles profundidades de vergüenza que el gran Sumo Sacerdote de nuestra profesión, Él que es el Cordero Pascual, el altar, el Sacerdote, el Sacrificio, que Él, el Hijo de Dios encarnado, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, así debe ser despreciado, y así burlado.

Fue burlado, aún más, en sus sufrimientos. No puedo aventurarme a describir los sufrimientos de nuestro Salvador bajo el látigo del flagelo. San Bernardo y muchos de los primeros padres de la iglesia dan tal imagen de la flagelación de Cristo, que no pude soportar volver a contarla. Si tenían suficientes datos para lo que dijeron, no lo sé, pero esto sí sé: "Él fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades, el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por sus llagas fuimos sanados".

Sé que debió ser una terrible flagelación, para llamarse herida, contusión, castigo y azotes, y acordaos, que cada vez que el látigo caía sobre sus hombros, la risa del que usaba el látigo se mezclaba con el azote, y cada vez que la sangre brotaba de nuevo y la carne le era arrancada de los huesos, había una broma y una burla para hacer que su dolor fuera aún más agudo y terrible. Y cuando llegó por fin a su cruz y lo clavaron en ella, ¡cómo continuaron la burla de sus sufrimientos!

Se nos dice que los sumos sacerdotes y los escribas se pusieron de pie, y finalmente se sentaron y lo miraron allí. Cuando vieran Su cabeza caer sobre Su pecho, sin duda harían algún comentario amargo al respecto y dirían: ¡Ay! Nunca más volverá a levantar Su cabeza entre la multitud", y cuando veían Sus manos sangrando, decían: "Ja, ja, estas fueron las manos que tocaron a los leprosos, y que resucitaron a los muertos, nunca volverán a hacer esto". Y cuando veían Sus pies, decían: "Ah, esos pies nunca más pisarán esta tierra, ni viajarán en Sus peregrinaciones de misericordia", y luego se haría alguna broma grosera, villana, brutal, tal vez bestial concerniente a cada parte de Su persona tres veces adorable. Se burlaron de Él y, al

final, pidió de beber y le dieron vinagre, burlándose de Su sed mientras pretendían calmarla.

Pero lo peor de todo, tengo una cosa más que notar, se burlaron de sus oraciones. ¿Leíste alguna vez en todos los anales de ejecuciones o de asesinatos, que alguna vez los hombres se burlaron de las oraciones de sus semejantes? He leído historias de algunos villanos cobardes que han tratado de matar a sus enemigos y al ver su muerte acercándose, las víctimas han dicho: "Dame un momento o dos para orar", y rara vez ha sido el caso cuando esto ha sido rechazado, pero nunca leí de un caso en el que cuando se pronunció la oración, se rieron de ella y se convirtió en objeto de una broma.

Pero aquí cuelga el Salvador, y cada palabra que pronuncia se convierte en el tema de un juego de palabras, el lema de una broma. Y cuando al final pronuncie el grito de muerte más estremecedor que jamás haya sobresaltado a la tierra y al infierno, "Eloi, Eloi, lama Sabactani", incluso entonces deben hacer una broma y decir: "Llama a Elías, veamos si Elías vendrá y lo bajará". Fue burlado incluso en Su oración. ¡Oh Jesús! nunca hubo amor como el tuyo, ninguna paciencia que pudiera compararse con tu aguante cuando soportaste la cruz, despreciando la vergüenza.

Siento que, al describir así las burlas del Salvador, no he podido presentarles la plenitud de la vergüenza por la que pasó, y tendré que intentarlo nuevamente, en otro momento cuando venga a describir Su vergonzosa muerte, tomando las palabras que precedieron a las que ya he ampliado. Soportó la cruz, así como despreció la vergüenza.

¡La Cruz! ¡La Cruz! Cuando escuchan esa palabra, no despierta en sus corazones ningún pensamiento de vergüenza. Hay otras formas de pena capital en la actualidad mucho más vergonzosas que la cruz. Conectado con la guillotina hay mucho de ignominia, con el bloque también, con la horca, sobre todo. Pero recuerda, que, aunque hablar de la horca es pronunciar una palabra de ignominia, sin embargo, no hay nada de vergonzoso en el término "horca", en comparación con la vergüenza de la cruz como se entendía en los días de Cristo.

Se nos dice que la crucifixión era un castigo al que no se podía someter a nadie más que a un esclavo, e incluso entonces el crimen debe haber sido del carácter más espantoso, como la traición de un amo, tramar su muerte o asesinarlo, solo que tales ofensas habrían acarreado la crucifixión, incluso sobre un esclavo. Fue considerado como el más terrible y espantoso de todos los castigos.

Todas las muertes del mundo son preferibles a esta, todas tienen alguna leve circunstancia que las alivia, ya sea su rapidez o su gloria. Pero esta es la muerte de un villano, de un asesino, una muerte dolorosamente prolongada, que no puede ser igualada en todas las invenciones de la crueldad humana para el sufrimiento y la ignominia. Cristo mismo soportó esto.

La cruz, digo, en este día no es motivo de vergüenza. Ha sido el emblema de muchos monarcas, el estandarte de muchos conquistadores. Para algunos es un objeto de adoración. Los mejores grabados, las pinturas más maravillosas, se han dedicado a este tema. Y ahora, la cruz grabada en muchas gemas se ha convertido en una cosa real y noble. Y en este día somos incapaces, creo, de entender completamente la vergüenza de la cruz, pero el judío lo sabía, el romano lo sabía, y Cristo sabía qué cosa espantosa, qué cosa vergonzosa era ser puesto en la cruz para muerte de crucifixión.

Recuerda también, que, en el caso del Salvador, hubo agravantes especiales de esta vergüenza. Él tuvo que llevar Su propia cruz, Él también fue crucificado, en el lugar común de ejecución, el Calvario, análogo a nuestro antiguo Tyburn, o nuestro actual Old Bailey. A él también lo mataron, en un momento en que Jerusalén estaba llena de gente. Era en la fiesta de la Pascua, cuando la multitud había aumentado mucho, y cuando los representantes de todas las naciones estarían presentes para contemplar el espectáculo, los partos, los medos, los elamitas, los moradores de Mesopotamia, de Grecia, sí, y tal vez de la lejana Tarsis y de las islas del mar. Todos estaban allí para unirse en esta burla y aumentar la vergüenza. Y fue crucificado entre dos ladrones, como para enseñar que era más vil que ellos. ¿Alguna vez hubo vergüenza como esta?

Déjame conducirte a la cruz. ¡La cruz, la cruz! Las lágrimas comienzan a fluir ante los mismos pensamientos. La madera tosca es puesta en el suelo, Cristo es arrojado sobre Su espalda, cuatro soldados le agarran las manos y los pies, Su carne bendita es desgarrada con el hierro maldito, comienza a sangrar, es levantado en el aire, la cruz es clavada en el lugar preparado para ello, cada miembro de mi Salvador está dislocado, cada hueso descoyuntado por ese terrible tirón.

Él cuelga allí desnudo para Su vergüenza, contemplado por todos los espectadores, el sol brilla ardientemente sobre Él, la fiebre comienza a quemar, la lengua se seca como un tiesto, se le pega al paladar, Él no tiene con qué proveer a su naturaleza con hidratación. Su cuerpo ha estado demacrado durante mucho tiempo por el ayuno. Ha estado al borde de la muerte por flagelación en la sala de Pilato. Allí Él cuelga, las partes más tiernas de Su cuerpo, Sus manos y pies están perforados, y donde los nervios son más numerosos y tiernos, allí está el hierro desgarrando y rasgando de este modo. El peso de Su cuerpo arrastra el hierro hacia arriba de Su pie, y cuando Sus rodillas están tan cansadas que no pueden sostenerlo, entonces el hierro comienza a arrastrarse entre Sus manos. ¡Terrible espectáculo en verdad!

Pero sólo has visto lo exterior, había un interior, no puedes ver eso, si pudieras verlo, aunque tus ojos fueran como los de los ángeles, serías herido con ceguera eterna. Luego estaba el alma, el alma muriendo. ¿Puedes adivinar cuáles deben ser los dolores de un alma

que muere? Un alma nunca murió en la tierra todavía. El infierno es el lugar de las almas agonizantes, donde mueren eternamente la segunda muerte.

Y allí estaba dentro de las costillas del cuerpo de Cristo, el mismo infierno se derramó. El alma de Cristo estaba soportando el conflicto con todos los poderes del infierno, cuya malicia se agravaba por el hecho de que era la última batalla que jamás podrían pelear con Él. No, peor que eso, había perdido lo que es la fuerza y el escudo del mártir, había perdido la presencia de su Dios, Dios mismo ponía su mano sobre Él, agradó al Padre herirlo, lo ha puesto en aflicción, ha hecho su alma un sacrificio por el pecado.

Dios, en cuyo semblante Cristo se había parecido eternamente Él mismo, regocijándose en deleite, ocultó Su rostro. Y allí estaba Jesús abandonado por Dios y por los hombres, dejado solo para pisar el lagar, más aún, para ser pisado en el lagar, y mojar Su vestidura en Su propia sangre. ¡Oh, nunca hubo alguna vez un dolor como este! Ningún amor puede imaginárselo. Si tuviera un pensamiento en mi corazón acerca del sufrimiento de Cristo, me irritaría los labios antes de pronunciarlo.

Las agonías de Jesús fueron como el horno de Nabucodonosor, calentado siete veces más de lo que nunca antes se había calentado el sufrimiento humano. Cada vena era un camino por el que viajaban los pies calientes del dolor, cada nervio una cuerda en un arpa de agonía que estremecía con el discordante gemido del infierno. Todas las agonías que los mismos condenados pueden soportar fueron puestas en el alma de Cristo. Él fue blanco de las flechas del Todopoderoso, flechas sumergidas en el veneno de nuestro pecado, todas las olas del Eterno arrojadas sobre esta Roca de nuestra salvación. Él debe ser magullado, pisoteado, aplastado, destruido, Su alma debe estar muy triste, hasta la muerte.

Pero debo hacer una pausa, no puedo describirlo. Puedo deslizarme sobre él y tú también puedes. Las rocas se partieron cuando Jesús murió, nuestros corazones deben ser de mármol más duro que las mismas rocas si no sienten. El templo rasgó su hermoso velo de tapicería, ¿y no seréis vosotros también dolientes? El mismo sol tenía una gran lágrima en su propio ojo ardiente que apagó su luz, ¿y no lloraremos nosotros, por quienes murió el Salvador? ¿No sentiremos una agonía en el corazón de que Él haya soportado así por nosotros?

Fíjense, amigos míos, que Él despreció toda la vergüenza que cayó sobre Cristo. Lo consideró tan ligero en comparación con el gozo que se le presentó, que se dice que lo despreció. En cuanto a Sus sufrimientos, no podía despreciarlos, esa palabra no podía usarse en relación con la cruz, porque la cruz era demasiado terrible para que incluso Cristo mismo la despreciara. Eso, Él lo soportó. Él podía desechar la vergüenza, pero debía llevar la cruz, en ella debía ser clavado. "Soportó la cruz, despreciando la vergüenza".

2. Y ahora **SU GLORIOSO MOTIVO.**

¿Qué fue lo que hizo que Jesús hablara así? “Por el gozo puesto delante de él”. Amados, ¿cuál fue el gozo? Oh, es un pensamiento que debe derretir una roca, y hacer que un corazón de hierro se mueva, que el gozo que se puso delante de Jesús, fue principalmente el gozo de salvarte a ti ya mí. Sé que fue el gozo de cumplir la voluntad de Su Padre, de sentarse en el trono de Su Padre, de ser perfeccionado a través del sufrimiento, pero, aun así, sé que este es el gran motivo del sufrimiento del Salvador, el gozo de salvarnos.

¿Sabes cuál es la alegría de hacer el bien a los demás? Si no lo haces, te compadezco, porque de todas las alegrías que Dios ha dejado en este pobre desierto, esta es una de las más dulces. ¿Has visto a los hambrientos cuando han estado necesitados de pan durante muchas horas? ¿Los has visto venir a tu casa casi desnudos, con sus ropas despojadas, a fin de cobrarles dinero para encontrarles pan?

¿Has oído la historia de la mujer sobre los dolores de su marido? ¿Habéis escuchado cuando habéis oído la historia del encarcelamiento, de la enfermedad; de frío, de hambre, de sed, y nunca has dicho: “Te vestiré, te alimentaré”? ¿Nunca habéis sentido ese gozo divino, cuando vuestro oro ha sido dado a los pobres y vuestra plata ha sido dedicada al Señor, cuando la habéis dado a los hambrientos, y os habéis apartado y dicho: “Dios me libre de ser fariseo”, pero siento que vale la pena vivir para alimentar al hambriento y vestir al desnudo, y para hacer el bien a mis pobres prójimos que sufren?

Ahora, este es el gozo que Cristo sintió, fue el gozo de alimentarnos con el pan del cielo, el gozo de vestir a los pecadores pobres y desnudos en Su propia justicia, el gozo de encontrar mansiones en el cielo para las almas sin hogar, el gozo de liberarnos de la prisión del infierno y dándonos los goces eternos del cielo.

Pero, ¿por qué Cristo debería mirarnos? ¿Por qué debería elegir hacer esto por nosotros? Oh, mis amigos, nunca merecimos nada de Sus manos. Como dice un buen escritor antiguo: “Cuando miro la crucifixión de Cristo, recuerdo que mis pecados lo mataron. No veo a Pilato, pero me veo a mí mismo en el lugar de Pilato, intercambiando a Cristo por honor. No escucho el clamor de los judíos, pero escucho mis pecados gritar: “Crucifícalo, crucifícalo”. No veo clavos de hierro, pero veo mis propias iniquidades clavándolo en la cruz. No veo lanza, pero contemplo mi incredulidad atravesando su pobre costado herido,

“Por vosotros, mis pecados, mis crueles pecados, sus principales verdugos fueron; Cada uno de mis pecados se convirtió en clavo, y la incredulidad en lanza”.

Es la opinión de los romanistas que el mismo hombre que traspasó el costado de Cristo se

convirtió después y se hizo seguidor de Jesús. No sé si ese es el hecho, pero sé que es el caso espiritualmente. Sé que hemos traspasado al Salvador, sé que lo hemos crucificado y, sin embargo, por extraño que parezca, la sangre que sacamos de esas santas venas nos ha lavado de nuestros pecados y nos ha hecho aceptos en el Amado.

¿Puedes entender esto? Aquí está la virilidad burlándose del Salvador, haciéndolo desfilar por las calles, clavándolo en una cruz y luego sentándose para burlarse de Sus agonías. Y, sin embargo, ¿qué hay en el corazón de Jesús sino amor por ellos? Él está llorando todo este tiempo para que lo crucificaran, no tanto porque sintió el sufrimiento, aunque era mucho, sino porque no podía soportar la idea de que los hombres a quienes amaba lo pudieran clavar en el madero. "Esa fue la puñalada más cruel de todas".

Recuerdas esa notable historia de Julio César cuando fue golpeado por su amigo Bruto. "Cuando el noble César lo vio apuñalar, la ingratitud, más fuerte que los brazos del traidor, ¡lo venció por completo! Entonces revienta su poderoso corazón." Ahora Jesús tuvo que soportar la puñalada en Sus entrañas más íntimas, y saber que Sus elegidos lo hicieron, que Sus redimidos lo hicieron, que Su propia iglesia fue Su asesina, ¡que Su propio pueblo lo clavó al madero! ¿Puedes pensar, amado, cuán fuerte debe haber sido el amor que lo hizo someterse incluso a esto?

Imagínate hoy yendo a casa desde este salón. Tienes un enemigo que toda su vida ha sido tu enemigo. Su padre era tu enemigo y él también es tu enemigo. No pasa un día sin que trates de ganar su amistad, pero él escupe sobre tu amabilidad y maldice tu nombre. Hace daño a tus amigos, y no deja piedra sin remover para hacerte daño. Mientras se dirige a su casa hoy, ve una casa en llamas, las llamas rugen y el humo asciende en una columna negra hacia el cielo. Las multitudes se reúnen en la calle y te dicen que hay un hombre en el cuarto superior que va a ser quemado vivo. Nadie puede salvarlo. Dices: "Pues, esa es la casa de mi enemigo", y lo ves en la ventana.

Es tu propio enemigo, el mismo hombre, está a punto de ser quemado. Lleno de bondad, dices: "Salvaré a ese hombre si puedo". Te ve acercarte a la casa, saca la cabeza por la ventana y te maldice. "¡Un estallido eterno sobre ti!" él dice: "Prefiero perecer a que tú me salves".

¿Puedes imaginarte entonces, atravesando el humo y subiendo la escalera en llamas para salvarlo, y puedes concebir que cuando te acercas a él lucha contigo y trata de arrojarte en las llamas? ¿Puedes concebir que tu amor sea tan potente que puedas perecer en las llamas antes que dejar que él se queme? Dices: "No podría hacerlo, está por encima de la carne y la sangre hacerlo". Pero Jesús lo hizo. Lo odiábamos, lo despreciamos, y cuando vino a salvarnos, lo rechazamos. Cuando Su Espíritu Santo viene a nuestros corazones para luchar con nosotros, lo resistimos, pero Él nos salvará, es más, Él mismo desafió el fuego para poder arrebatarnos

como tizones del fuego eterno. El gozo de Jesús era el gozo de salvar a los pecadores. El gran motivo entonces, con Cristo, al soportar todo esto, fue que Él pudiera salvarnos.

3. Y ahora, dame solo un momento y trataré de presentar al Salvador para **NUESTRA IMITACIÓN**. Me dirijo ahora a los cristianos, a los que han gustado y palpado la buena palabra de vida. ¡Hombres cristianos! Si Cristo soportó todo esto, simplemente por el gozo de salvaros, ¿os avergonzaríais de soportar algo por Cristo? Las palabras están en mis labios otra vez esta mañana,

“Si en mi rostro por Tu amado nombre hay vergüenza y oprobio, recibiré oprobio y recibiré vergüenza, mi Señor, moriré por Ti”.

¡Vaya! ¡No me extraña que los mártires murieran por un Cristo como éste! Cuando el amor de Cristo se derrama en nuestros corazones, entonces sentimos que si la hoguera estuviera presente estaríamos firmes en el fuego para sufrir por Aquel que murió por nosotros. Sé que nuestros pobres corazones incrédulos pronto comenzarían a temblar ante el crepitar de la leña y el furioso calor, pero seguramente este amor prevalecería sobre toda nuestra incredulidad.

¿Hay alguno de ustedes que sienta que si sigue a Cristo debe perder, perder su posición o perder su reputación? ¿Se reirán de ti si dejas el mundo y sigues a Jesús? ¡Vaya! ¿Y os apartaréis a causa de estas pequeñeces, cuando Él no quiso apartarse, aunque todo el mundo se burlaba de Él, hasta que Él pudiera decir: “Consumado es”? No, por la gracia de Dios, que cada cristiano levante sus manos al Dios Altísimo, al creador del cielo y de la tierra, y que diga dentro de sí mismo:

“Ahora por amor llevo Su nombre, lo que fue mi ganancia estimo mi pérdida, derramo desprecio sobre toda mi vergüenza, y clavo mi gloria en Su cruz”.

“Para mí el vivir es Cristo; morir es ganancia”. Viviendo seré suyo, muriendo seré suyo, viviré para su honor, le serviré enteramente, si me ayuda, y si lo necesita, moriré por su nombre.

[el Señor Spurgeon se enfocó tanto en el primer encabezado, que no pudo, por falta de tiempo, tocar los otros puntos. Que lo que fue bendecido para el oyente sea dulce para el lector.]